

EXTRACTOS DE *MATAR A UN RUISEÑOR*

Jem

Cuando tenía casi trece años, mi hermano Jem se rompió el brazo a la altura del codo. Cuando se curó, y se disiparon los temores de Jem de no poder jugar nunca al fútbol, rara vez se sintió cohibido por su lesión. Su brazo izquierdo era algo más corto que el derecho; cuando se ponía de pie o caminaba, el dorso de la mano formaba un ángulo recto con el cuerpo, con el pulgar paralelo al muslo. No podría haberle importado menos, siempre que pudiera hacer pases y patear.

Cuando habían pasado suficientes años como para poder verlos en retrospectiva, a veces hablábamos de los acontecimientos que llevaron a su accidente. Yo mantengo que los Ewell empezaron todo, pero Jem, que era cuatro años mayor que yo, decía que había empezado mucho antes. Decía que había comenzado el verano en que Dill vino a nosotros, cuando nos dio la idea de hacer salir a Boo Radley.

(Lee, 2006, p. 1)

Calpurnia

Vivíamos en la principal calle residencial del pueblo: Atticus, Jem y yo, más Calpurnia, nuestra cocinera. Jem y yo pensábamos que nuestro padre era aceptable: jugaba con nosotros, nos leía y nos trataba con una amable distancia.

Calpurnia era otra cosa. Era todo ángulos y huesos; era miope; entrecerraba los ojos; su mano era ancha como el listón de una cama y el doble de dura. Siempre me ordenaba salir de la cocina, me preguntaba por qué no podía comportarme tan bien como Jem cuando sabía que él era mayor, y me llamaba a casa cuando no estaba dispuesta a volver. Nuestras batallas eran épicas y desiguales. Calpurnia siempre ganaba, principalmente porque Atticus siempre se ponía de su lado. Había estado con nosotros desde que nació Jem, y yo había sentido su tiránica presencia desde que tenía uso de razón.

(Lee, 2006, p. 4)

Dill

Dill había visto Drácula, una revelación que hizo que Jem lo mirara con un principio de respeto. "Cuéntanosla", dijo.

Dill era una curiosidad. Llevaba un pantalón corto de lino azul que se abotonaba a la camisa, tenía el pelo blanco como la nieve y pegado a la cabeza como si fuera plumas de pato; era un año mayor que yo, pero yo lo superaba en altura. Mientras nos contaba la vieja historia, sus ojos azules se iluminaban y oscurecían; su risa era repentina y alegre; habitualmente se tiraba de un mechón de pelo que le caía sobre el centro de la frente.

Cuando Dill dejó a Drácula hecho polvo, y Jem dijo que la película parecía mejor que el libro, le pregunté a Dill dónde estaba su padre: "No hablas de él".

(Lee, 2006, p. 6)

Fuente: Lee, H. (2006). *Matar a un ruiseñor*. Nueva York: Harper Perennial Modern Classics.